

**THE
WALKING
DEAD**

El Gobernador

Robert Kirkman

&

Jay Bonansinga

timun**mas**

PRIMERA PARTE

Los hombres huecos

No hay nada glorioso en morir. Todo el mundo puede hacerlo.

JOHNNY ROTTEN

UNO

Brian Blake, acurrucado a oscuras, rodeado de humedad, con el miedo atenazándole el pecho y un dolor punzante en las rodillas, piensa que si tan sólo tuviera otro par de manos podría taparse los oídos y tal vez mitigar el ruido que hacen las cabezas humanas al ser aplastadas. Desgraciadamente, Brian sólo tiene dos manos y ahora mismo las necesita para taparle las orejas a la niña que tiene al lado, dentro del armario.

La niña, de siete años, no deja de temblar entre sus brazos, se estremece con cada ¡chas! que se produce fuera de forma intermitente. Y luego viene el silencio; sólo se oye el ruido de las pisadas pegajosas en el suelo cubierto de sangre y una oleada de susurros crispados procedente del vestíbulo.

Brian tose otra vez. No puede evitarlo: lleva días luchando contra ese condenado catarro, esa molestia obstinada que no logra quitarse de encima y que le afecta las articulaciones y le provoca sinusitis. Le pasa todos los años en otoño, cuando llegan a Georgia los días fríos, húmedos y sombríos. La humedad le cala los huesos y absorbe toda su energía, le roba el aliento. Y ahora nota la penetrante puñalada de la fiebre cada vez que tose.

Un nuevo ataque de tos lo obliga a doblarse con un movimiento seco. Resuella mientras sigue presionándole las orejas a la pequeña Penny. Sabe que con tanto ruido atrae la atención de todo lo que hay

al otro lado de la puerta del armario, por los rincones de la casa, pero no puede hacer nada. Al toser, ve estelas de luz, minúsculas filigranas de fuegos artificiales que surcan sus pupilas ciegas.

El armario, de apenas metro y medio de ancho por uno de fondo, está oscuro como un pozo y apesta a naftalina, heces de rata y madera vieja. Hay unas fundas de plástico para abrigo colgadas que en la oscuridad le rozan la cara. Su hermano menor, Philip, le dijo que podía toser en el armario. Que ahí dentro podía toser todo lo que le saliera de los cojones, aunque atrajera a los bichos. Pero que más le valía no pasarle el catarro a su niña. De lo contrario, Philip le abriría la cabeza.

El ataque de tos pasa.

Instantes después, nuevas pisadas torpes que alteran el silencio en el exterior del armario: otra de esas cosas muertas que entra en la zona de matanza. Brian le aprieta más las orejas a Penny, que se estremece ante otro movimiento de la *Sonata del Cráneo Aplastado en Re menor*.

Si tuviera que describir el barullo que le llega desde fuera de su escondite, Brian Blake se remontaría a los días en que tuvo una tienda de música que fracasó y diría que las cabezas que reventaban sonaban como la sinfonía de percusión que seguramente tocarían en el infierno: como un ocurrente descarte de Edgard Varèse o un místico solo de batería de John Bonham, con versos y estribillos que se van repitiendo... La pesada respiración de los humanos, las pisadas arrastradas de otro cadáver semoviente, el silbido de una hacha, el golpe seco del acero al hundirse en la carne...

Y un final apoteósico: el ¡plaf! del peso muerto, húmedo, contra el parquet pringoso.

El cambio de ritmo en la acción le produce otro escalofrío febril que le recorre la espalda. Vuelve a hacerse el silencio. Ahora que los ojos ya se le han acostumbrado a la oscuridad, Brian distingue el primer reguero de espesa sangre de arteria colándose por debajo de la puerta. Parece aceite de motor. Aparta suavemente a su sobrina del charco que se extiende y la coloca junto a las botas y paraguas alineados a la pared del fondo.

Los bajos del vestido vaquero de Penny Blake tocan la sangre. La niña retira la tela rápidamente y frota la mancha como si el mero hecho de absorber la sangre pudiera infectarla.

Otro ataque de tos convulsa hace que Brian se incline. Trata de combatirlo tragándose las punzadas como de cristales rotos que sienten en la garganta seca y rodea a la niña con los brazos. No sabe qué hacer ni qué decir. Quiere ayudar a su sobrina, susurrarle algo que la tranquilice, pero no se le ocurre ni una sola cosa que pueda hacerlo. El padre de la niña sí sabría qué decir. Philip sí. Siempre sabe qué decir. Philip Blake es el tipo que dice las cosas que todo el mundo desearía haber dicho. Dice lo que hay que decir y hace lo que hay que hacer. Como ahora. Está ahí fuera con Bobby y Nick haciendo lo que hay que hacer, mientras Brian se arrebujaba en la oscuridad como un conejo asustado, deseando saber qué decirle a su sobrina.

Teniendo en cuenta que Brian Blake es el mayor de los dos hermanos, es extraño que siempre haya sido el debilucho. Con apenas un metro setenta y cinco de estatura contando el tacón de las botas, Brian Blake es un espantapájaros esquelético que casi no llena los vaqueros pitillo y la raída camiseta de Weezer que viste. Una perilla, varias pulseras de macramé y una mata de pelo oscuro a lo Ichabod Crane completan la estampa de joven bohemio de treinta y cinco años atrapado en el limbo de Peter Pan que ahora está arrodillado en la penumbra, envuelto en olor a naftalina.

Brian coge aire con dificultad y baja la mirada hacia los ojos de cervatillo de Penny, que parece haber visto un fantasma, a juzgar por el horror mudo que invade su rostro en la oscuridad del armario. Siempre ha sido una niña tranquila, con una piel como de porcelana que le confiere a su rostro un aspecto casi etéreo. Pero desde la muerte de su madre, se ha encerrado en sí misma y se ha vuelto tan pálida y estoica que casi parece traslúcida, con esos mechones de cabello azabache ensombreciendo sus enormes ojos.

Durante los últimos tres días apenas ha pronunciado palabra. Es cierto que han sido tres días fuera de lo normal y también que el trauma no afecta a los niños igual que a los adultos, pero Brian teme que Penny esté sumiéndose en algún tipo de estado de *shock*.

—Saldremos de ésta, pequeña —le susurra Brian con una tos angustiada como punto final.

Ella dice algo sin mirarlo. Lo dice entre dientes, con la mirada fija en el suelo, mientras una lágrima rueda por su mejilla sucia.

—¿Qué has dicho, Pen? —Brian se agacha junto a ella y le seca la lágrima.

Vuelve a decirlo otra vez, y otra y otra, pero no parece que se lo diga a Brian. Es más como un mantra, o una plegaria, o un conjuro:

—No saldremos de ésta nunca, nunca, nunca, nunca.

—Chist.

Le coge la mano, la presiona contra los pliegues de su camiseta. Nota el calor del rostro de la niña apoyado en las costillas. Le tapa las orejas de nuevo al oír el golpe seco de otra hacha que rompe la membrana de un cuero cabelludo, quiebra la dura corteza de un cráneo y rasga las capas gelatinosas y grises del lóbulo occipital.

Hace un ruido como el de un bate de béisbol al golpear una pelota mojada de *softball*, una eyaculación de sangre, como una fregona azotando el suelo, seguida de un espantoso puntapié sordo y mojado. Curiosamente eso es lo que peor lleva Brian: el ruido amortiguado de un cuerpo hueco, húmedo, al caer sobre las lujosas baldosas de cerámica. Las fabricaron expresamente para aquella casa con motivos e incrustaciones aztecas. Es una casa preciosa... o por lo menos, lo era.

Los ruidos cesan de nuevo.

Una vez más, se impone un silencio empapado y atroz. Brian reprime la tos, la aguanta como si fuera la tapa de un surtidor de fuegos artificiales a punto de estallar, porque quiere oír bien los cambios que de un segundo a otro se producen en los jadeos del otro lado de la puerta y en las pisadas pegajosas que se arrastran a través de las vísceras. Pero ahora todo está en silencio.

Brian nota que la niña se le acerca; se está preparando para otra salva de hachazos, pero todo sigue en calma.

Poco después, a escasos centímetros, se oye el pestillo y el pomo del armario gira; a Brian se le pone la carne de gallina. Se abre la puerta.

—Vale, despejado.

Esa voz de barítono, curtida a base de whisky y tabaco, proviene de un hombre que atisba los recovecos del armario. Parpadea en la penumbra y el sudor le empapa la cara, congestionada por el esfuerzo de despachar zombies. Philip Blake lleva en la mano, callosa, una hacha bañada en restos repugnantes.

—¿Seguro? —pregunta Brian.

Haciendo caso omiso de su hermano, Philip le echa un vistazo a su hija.

—Todo controlado, cielo, papá está aquí.

—¿Estás seguro? —insiste Brian con un golpe de tos.

Philip mira a su hermano.

—Tápate la boca cuando tosas, ¿quieres, campeón?

Brian repite con un hilo de voz:

—¿Estás seguro de que no queda ninguno?

—Bichito —le dice Philip a su hija con su deje sureño y una gran ternura tras las brasas de violencia que empiezan a apagarse en sus ojos—, necesito que te quedes aquí un segundo, ¿vale? No te muevas hasta que papá diga que puedes salir. ¿De acuerdo?

La chiquilla, pálida, asiente con una inclinación de cabeza casi imperceptible.

—Venga, campeón —insta Philip a su hermano mayor para que abandone las sombras—, échame un cable con la limpieza.

Brian se pone en pie con dificultad y se abre camino entre los abrigos.

Al salir del armario, la luz del vestíbulo lo deslumbra y pestañea. Observa, tose y sigue observando. Durante un instante, tiene la sensación de que la fastuosa entrada de la casa colonial de dos pisos, iluminada por candelabros de cobre de diseño, está siendo redecorada por unos técnicos con parálisis cerebral. Las paredes de escayola lucen grandes franjas de salpicaduras rojo burdeos. Los zócalos y las molduras están adornadas con motivos de Rorschach en blanco y rojo. Y entonces identifica las formas del suelo.

Seis cuerpos con los miembros dislocados yacen en cúmulos sanguinolentos. Su edad y género han quedado difuminados por la carnicería: la tez, jaspeada y lívida; los cráneos, desfigurados. El más

grande está tumbado en un charco de bilis que se va extendiendo al pie de la escalera de caracol. Otro cuerpo, tal vez la señora de la casa, tal vez una anfitriona cordial conocida antes por su tarta de melocotón y su hospitalidad sureña, está despatarrada sobre el entarimado blanco, desencajada toda ella, con un reguero de materia gris brotándole del cráneo partido.

A Brian Blake la visión le produce arcadas. Siente cómo se le dilata la garganta.

—Muy bien, caballeros, manos a la obra —ordena Philip a sus dos colegas, Nick y Bobby, y a su hermano. Pero a Brian el latido de su corazón apenas le deja oír.

Hay más restos. A lo largo de los últimos dos días, Philip ha empezado a llamar a esos a los que destruyen «cerdos agridulces»; y ahí están, tendidos en el zócalo oscurecido del umbral que da al salón. Tal vez fueran los adolescentes que vivían allí, o tal vez visitas que sufrieron lo contrario a la hospitalidad sureña al recibir la mordedura de un infectado. Los cuerpos yacen en estallidos de fluido arterial. Uno de ellos, con la cabeza abierta y bocabajo, como una cazuela volcada, sigue bombeando sus fluidos escarlata por todo el suelo con la abundancia de una boca de incendios rota. Un par de los restantes aún tienen hachas pequeñas incrustadas en la cabeza, hundidas hasta la empuñadura, como banderas que hubieran plantado unos exploradores triunfantes en territorio hasta entonces virgen.

Brian se lleva la mano a la boca como si con ello pudiera detener la marea que le sube por el esófago. Nota unos golpecitos en la coronilla, como si una polilla revoloteara y chocara contra su cuero cabelludo. Mira hacia arriba.

Está cayendo sangre desde la araña del techo y una gota le aterriza en la nariz.

—Nick, trae una de esas lonas que hemos visto en...

Brian cae de rodillas, se inclina hacia adelante y vomita sobre el parquet. La humeante avalancha de bilis color caqui riega las baldosas y se mezcla con el rastro de los caídos.

Las lágrimas le arden en los ojos mientras expulsa cuatro días de angustia.

Philip Blake suelta un suspiro tenso, aún presa del subidón de adrenalina. Durante un momento no se digna a ayudar a su hermano, sino que se queda donde está, deja el hacha ensangrentada y pone los ojos en blanco. Es un milagro que a Philip no se le hayan desgastado ya los ojos de tanto mirar al cielo, desesperado ante el comportamiento de su hermano. Pero ¿qué otra cosa podía hacer? El pobre idiota era de la familia y la sangre es la sangre, sobre todo en los momentos excepcionales como éste.

Sí que tienen un cierto parecido; eso Philip no lo puede remediar. Alto, delgado, vigoroso y con la musculatura fibrosa propia de los trabajadores físicos, Philip Blake comparte con su hermano los rasgos oscuros: ojos almendrados y cabello negro azabache, herencia de su madre mexicana. Su nombre era Rosa García y su fisonomía ha predominado en la familia sobre la del padre, un alcohólico corpulento, tosco, con ascendencia escocesa e irlandesa llamado Ed Blake. Pero Philip, tres años menor que Brian, se había llevado todo el músculo.

Ahí está con su metro ochenta y pico y sus vaqueros desgastados, las botas de trabajo y la camisa de lino, el bigote a lo Fu Manchú y los tatuajes de preso, como buen motero. Se dispone a desplazar su figura imponente hasta su descompuesto hermano y a soltarle algún comentario ácido, pero se detiene. Oye algo que no le gusta al otro lado del vestíbulo.

Bobby Marsh, un amigo suyo del instituto, se limpia una hacha en los pantalones de talla XXL al pie de la escalera. Dejó los estudios y, con treinta y dos años y el pelo castaño y grasiento recogido en una cola baja, no está exactamente obeso, pero sí tiene un claro problema de sobrepeso; es sin duda el tipo de tío al que sus compañeros del instituto Burk County llamarían bola de grasa. Bobby profiere una risilla nerviosa, aguda, que hace que le tiemble la barriga, mientras mira cómo Brian Blake vomita. Es una risa insípida y vacía, como un tic, que Bobby parece no saber dominar.

Empezó a reírse así hace tres días, cuando uno de los primeros muertos vivientes apareció en una estación de servicio cerca del aeropuerto de Augusta. Era mecánico. Salió de su escondite con el mono

empapado de sangre y un trozo de papel higiénico enganchado en el talón; habría convertido al gordo de Bobby en su almuerzo de no haber sido porque Philip intervino y molió a palos al bicho con una ganzúa.

El descubrimiento del día fue que un fuerte golpe en la cabeza los tumba de forma limpia. Aquello provocó más risillas nerviosas por parte de Bobby —obviamente un mecanismo de defensa— y bastante parloteo histérico en torno a si se debía «al agua, tío, como pasó con la puta Peste Negra». Pero Philip no quería saber en aquel momento por qué les había tocado aquella tormenta de mierda, y seguro que ahora tampoco.

—¡Eh! —interpela Philip a la mole—. ¿Te sigue pareciendo gracioso todo esto?

La risilla de Bobby se apaga.

Al otro lado de la habitación, junto a una ventana que da al oscuro patio trasero —ahora mismo envuelto por la noche—, una cuarta figura los observa incómoda. Es Nick Parsons, otro amigo de la infancia de Philip, de treinta y pico años, menudo, delgado, con pinta de estudiante de colegio privado y corte de pelo al cero, estilo deportista. Nick es el religioso del grupo y al que más le ha costado hacerse a la idea de que tenía que destruir cosas que antes eran humanas. Tiene los pantalones militares y las deportivas salpicados de sangre, y una mirada traumatizada que sigue a Philip mientras se acerca a Bobby.

—Lo siento, tío —masculla Bobby.

—Mi hija está ahí —dice Philip con la cara casi pegada a la de Marsh. La inestable mezcla química de rabia, miedo y dolor puede entrar en combustión en cualquier momento en el interior de Philip Blake.

Bobby mira al suelo cubierto de sangre.

—Lo siento, lo siento.

—Trae las lonas, Bobby.

A dos metros de él, Brian Blake, aún a cuatro patas, acaba de expulsar el contenido de su estómago y sigue jadeando.

Philip se acerca a su hermano mayor y se arrodilla a su lado.

—Échalo todo.

—Estoy... aj... —replica Brian con voz ronca mientras se sorbe la nariz y trata de construir un pensamiento completo.

Philip le pone la mano, enorme, mugrienta y callosa, en el hombro.

—Tranquilo, hermano. Tú échalo.

—Lo... lo siento.

—No importa.

Brian consigue dominarse y se limpia la boca con el dorso de la mano.

—¿Habéis acabado con todos?

—Sí.

—¿Seguro?

—Sí.

—¿Has mirado... en todas partes? En el sótano y por ahí.

—Sí, señor, en todas partes: incluso en los dormitorios y en el ático. El último salió al oír tu puta tos, haces tanto ruido como para despertar a los muertos. Era una adolescente. Quería una de las papadas de Bobby para almorzar.

Brian traga con dificultad y dolor.

—Esa gente... vivía aquí.

Philip suspira.

—Ya no.

Brian reúne fuerzas para mirar a su alrededor y luego levanta la vista hacia su hermano. El mayor tiene la cara bañada de lágrimas.

—Eran una... familia.

Philip asiente sin decir nada. Siente el impulso de darle un abrazo a su hermano (sí, ¿qué coño pasa?), pero se limita a seguir diciendo que sí con la cabeza. No piensa en la familia de zombies que acaba de eliminar ni en las implicaciones de la carnicería abrumadora que lleva tres días perpetrando: mata a individuos que antes eran mujeres florero, carteros y empleados de gasolinera. El día anterior, Brian les había soltado una mierda de rollo intelectual sobre la diferencia entre la moral y la ética en aquella situación: desde el punto de vista moral, uno no debería asesinar jamás; pero desde la ética, que tiene un matiz

distinto, se debería mantener la política de matar siempre que sea en defensa propia. Pero Philip no cree que lo que ellos hacen sea asesinar. No se puede matar a un bicho al que ya se han cargado. Lo que hay que hacer es aplastarlos como si fueran insectos y seguir adelante sin darle tantas vueltas a todo.

La cuestión es que, ahora mismo, Philip ni siquiera está pensando en el siguiente movimiento que hará su grupo de bravucones —cosa que dependerá de él totalmente, ya que se ha convertido en el líder de facto de la pandilla y no parece que haya más alternativa que asumirlo—. En este momento, Philip Blake está concentrado en un único objetivo: desde que empezara la pesadilla, hace menos de setenta y dos horas, y la gente comenzara a transformarse por razones que nadie ha podido hallar todavía, lo único en lo que ha podido pensar es en proteger a Penny. Por eso se largó con viento fresco de su pueblo natal, Waynesboro, hace dos días.

Se trataba de un pequeño pueblo granjero en la parte oriental del centro de Georgia que se había ido al garete en cuestión de segundos en cuanto la peña había empezado a morir y a resucitar. Pero la necesidad de garantizar la seguridad de Penny fue lo que había convencido a Philip de que debía ahuecar el ala. Y precisamente por Penny había fichado a sus antiguos colegas para que lo ayudaran; por Penny se había puesto en marcha hacia Atlanta, donde, según las noticias, se estaban organizando centros de refugiados. Todo por Penny. Penny es lo único que le queda a Philip Blake. Es lo único por lo que sigue luchando, el único bálsamo para el dolor de su alma.

Mucho antes de que aquella inexplicable epidemia estallase, el vacío de su corazón se hacía notar a las tres de la mañana en las noches de insomnio. Era la hora exacta en que había perdido a su mujer en una autopista al sur de Athens. Costaba creer que hubieran pasado ya cuatro años. Sarah había ido a ver a una amiga a la Universidad de Georgia y habían bebido; perdió el control del coche en las curvas de la carretera del condado de Wilkes.

Desde el momento en que identificó el cadáver, Philip supo que jamás volvería a ser el mismo. No tenía ningún reparo en hacer lo que tocase, como compaginar dos trabajos para que a Penny no le faltase

alimento, ni ropa, ni cuidados, pero ya no sería el mismo. Tal vez por eso estaba pasando todo aquello. Era una broma de Dios. Cuando las langostas lleguen y la sangre tiña las aguas del río de rojo, le tocará llevar el rebaño al tipo que más tenga que perder.

—Qué importa quiénes fueran —le dice Philip por fin a su hermano— o qué fueran.

—Sí... tienes razón.

Durante ese rato, Brian ha conseguido incorporarse, sentarse con las piernas cruzadas y respirar hondo con dificultad. Observa a Bobby y Nick, que están al otro lado de la sala desenrollando unas lonas y abriendo bolsas de basura. Empiezan a colocar los cuerpos, que aún chorrean, en las lonas.

—Lo único que importa es que hemos limpiado este sitio —afirma Philip—. Podemos quedarnos aquí esta noche y, si conseguimos algo de gasolina cuando amanezca, podríamos llegar a Atlanta mañana.

—Pero es que no tiene sentido —murmura Brian llevando la vista de un cuerpo a otro.

—¿De qué estás hablando?

—Míralos.

—¿Qué? —Philip echa un vistazo a los espantosos restos de la matriarca mientras la llevan rodando hasta la lona—. ¿Qué les pasa?

—Sólo son ellos, la familia.

—¿Y qué?

Brian tose con la manga delante de la boca y luego se la limpia con ella.

—O sea, está la madre, el padre, los cuatro chavales... y ya está.

—Pues sí, pero ¿y qué?

Brian mira a Philip.

—¿Cómo se lo han montado para que les pase esto? ¿Se transformaron todos la vez? ¿Mordieron a uno y ése infectó a los de dentro?

Philip medita un momento, al fin y al cabo él también trata de entender lo que está pasando y de qué va toda esta locura; pero después de un rato se cansa de pensar y dice:

—Venga, levanta ese culo de vago y échanos una mano.

Les cuesta una hora limpiarlo todo. Penny permanece en el armario todo ese rato. Philip le lleva un peluche que ha encontrado en el cuarto de uno de los niños y le dice que ya falta poco para que pueda salir. Brian limpia la sangre del suelo, sin dejar de toser a intervalos irregulares, mientras los otros tres hombres arrastran los cuerpos envueltos en las lonas —dos grandes y cuatro más pequeñas— a través de las puertas correderas hasta el otro lado del porche de cedro.

El cielo nocturno de finales de septiembre está despejado y frío como las oscuras profundidades marinas, y una profusión de estrellas, impasibles, se burla de ellos con su alegre centelleo. Los tres hombres jadean en la penumbra mientras trasladan los bultos por las tablas de madera. Llevan hachas de mano en el cinturón. Philip también oculta una pistola en la parte de atrás del pantalón, una vieja Ruger 22 que compró en un mercadillo hace años. Pero en este momento a nadie se le ocurriría despertar a los muertos con el ruido de un disparo. El viento les trae el revelador zumbido de los caminantes: gemidos confusos, pasos pesados... provienen de algún rincón oscuro de los terrenos vecinos.

Este año el otoño ha llegado a Georgia temprano y con mucho frío; se supone que hoy el termómetro caerá en picado hasta situarse entre 4 grados y -2. Al menos según el informe que la radio local AM ha emitido antes de dejar paso a una ráfaga de interferencias. Hasta este punto del viaje, Philip y su equipo han ido siguiendo la tele, la radio e Internet a través de la Blackberry de Brian.

En medio del caos generalizado, las noticias le transmiten a la gente que todo va a las mil maravillas: vuestro leal gobierno lo tiene todo bajo control y este pequeño bache en el camino quedará nivelado en cuestión de horas. Las radios de protección civil repiten avisos en los que se recomienda al público que no salga de casa, que no permanezca en áreas poco concurridas, que se lave las manos con frecuencia, que beba agua embotellada y blablablá.

Obviamente, nadie tiene respuestas. Y tal vez lo más sintomático de todo sea que cada vez haya menos frecuencias retransmitiendo. Por suerte, las gasolineras siguen teniendo combustible, los super-

mercados continúan abastecidos, y la red eléctrica, las comisarías y otras infraestructuras de la civilización aún están en pie.

Pero Philip teme que un fallo eléctrico general lo complique todo de forma extraordinaria.

—Vamos a tirarlos a los contenedores de detrás del garaje —ordena éste, tan bajo que casi susurra, mientras arrastra dos bultos de lona hasta la valla de madera adyacente al garaje de tres plazas. Quiere hacerlo discretamente y en silencio, sin atraer a ningún zombie. Nada de fuego, nada de ruidos agudos ni disparos si se pueden evitar.

Un camino de gravilla conduce hasta la cerca de cedro de unos dos metros, como suele ser habitual en los garajes grandes contiguos a los patios traseros. Nick arrastra la carga hasta la verja, un bloque macizo de tablas de cedro con un picaporte de forja. Suelta el bulto y la abre.

Un cadáver andante lo espera al otro lado de la puerta.

—¡Cuidado, tíos! —grita Bobby Marsh.

—¡Cállate, joder! —masculla Philip entre dientes mientras lleva la mano al hacha que tiene en el cinturón. Ya está a medio camino hacia la verja.

Nick retrocede.

El zombie se le acerca dando tumbos, tratando de morderlo, pero no le alcanza el pectoral izquierdo por unos milímetros y se oye el sonido de sus dientes amarillentos batiendo impotentes como castañuelas. A la luz de la luna, Nick logra distinguir que es un varón adulto de avanzada edad que viste una sudadera de cremallera hecha jirones, pantalones de golf y zapatos caros de clavos. El fulgor de la luna ilumina una mirada lechosa, velada por las cataratas: debía de ser el abuelo de alguien.

Nick observa detenidamente a la cosa antes de tropezar y caer de culo en la exuberante alfombra de grama. El golfista muerto se cuele a trompicones por la abertura y cae al césped con un destello metálico que surca el aire.

El hacha de mano de Philip aterriza de lleno en la cabeza del monstruo, le parte el cráneo —que tiene aspecto de coco—, perfora la membrana densa y fibrosa de la duramadre y se hunde en su gela-

tinoso lóbulo parietal. Suena igual que cuando se rompe un tallo de apio y lanza al aire un coágulo de fluido salobre. El brío insectil de su rostro se apaga inmediatamente, como el de un dibujo animado cuya proyección se hubiese atascado.

El zombie se desploma con la desgarrada pesadez de un petate vacío.

El hacha, hundida hasta el mango, arrastra a Philip hacia adelante y hacia abajo. Tira de ella. La punta está atascada.

—Cierra la verja de una puta vez y no hagas ruido, joder —dice Philip, aún con un susurro frenético, mientras pisa el cráneo destrozado del cadáver con la bota izquierda, una Chippewa con punta de hierro.

Los otros dos se ponen en marcha como si de un número de danza sincronizada se tratase: Bobby deja en seguida su carga y corre hacia la verja. Nick logra ponerse en pie y retrocede, aún presa del horror. Bobby se apresura a echar el cerrojo de hierro; produce un traqueteo metálico y apagado que reverbera en la oscura extensión de césped.

Philip consigue por fin extraer el hacha de la obstinada corteza del cráneo del zombie. Sale con un leve chasquido. Se da la vuelta hacia los restos de la familia muerta; su pensamiento se nubla a causa del pánico al oír un ruido inesperado y extraño procedente de la casa.

Vuelve la vista y ve que en la parte de atrás de la casa hay una ventana con luz.

A través de la puerta corredera de vidrio se ve la silueta de Brian que golpea el cristal pidiéndoles a Philip y a los demás que se apresuren, que vayan ya. Lleva la palabra «urgencia» escrita en la cara. No tiene nada que ver con el golfista muerto, eso ya lo sabe Philip. O sea que algo va mal.

«Por Dios, que no le haya pasado nada a Penny.»

Philip suelta el hacha y atraviesa el jardín en segundos.

—¿Qué hacemos con los fiambres? —le pregunta Bobby Marsh a Philip.

—Déjalos —le grita Philip mientras sube al porche y cruza las puertas correderas.

Brian los espera con la puerta entreabierta.

—Tienes que ver esto, tío —le dice.

—¿Qué pasa? ¿Y Penny? ¿Está bien? —Philip se ha quedado sin aliento. Bobby y Nick cruzan el porche y vuelven a entrar en la cálida casa colonial.

—Penny está bien —asegura Brian.

Lleva en las manos una foto enmarcada.

—Está bien y dice que no le importa quedarse un rato más en el armario.

—Por Dios Santo, Brian, ¿de qué coño va esto? —Philip recobra el aliento; tiene los puños cerrados.

—Quiero enseñarte una cosa. ¿Queréis que nos quedemos aquí esta noche? —pregunta mirando hacia la mampara corredera—. Mira: la familia murió aquí, ¿no? Los seis. ¿Seis?

Philip se enjuaga la cara.

—Suéltalo, tío.

—¿No lo ves? Se transformaron a la vez. La familia entera. ¿Me sigues? —continúa Brian después de toser; señala los seis bultos que yacen junto al garaje.

—Tenemos seis ahí fuera, en el jardín. Míralos: mamá, papá y los cuatro niños.

—¿Y eso qué coño importa?

El retrato que sostiene Brian muestra a la familia en tiempos mejores, sonrientes, con cara de foto y vestidos con sus mejores galas.

—Estaba en el piano —dice.

—¿Y?

Brian señala al niño más pequeño de la foto, un chico rubio de unos once o doce años, con traje azul marino, flequillo y una sonrisa forzada.

Brian mira a su hermano y anuncia muy serio:

—En la foto salen siete.